Del deseo a la realidad

Ana Isabel Veites y Manuel Lago
Padres adoptivos desde 2016
Origen del hijo, Rusia

Fue el amor recíproco que sentimos lo que nos llevó a formar una familia. No poder ser padres biológicos fue doloroso, pero hoy sabemos que fue parte de ese camino que nos llevó hasta ti. Y es ese dolor también el que nos ayuda en parte a entender el tuyo.

Para nosotros, la familia es amor, cuidar los unos de los otros sin condiciones. No nos importa la raza, ni el color de tu piel ni que tuviéramos que ir a la otra parte del mundo para buscarte.

Solo nos importas tú, esa personita a la que tantas veces imaginamos a nuestro lado.

Contigo hemos cumplido nuestro sueño de formar esa familia tan deseada; contigo compartimos el amor y la suerte que hemos tenido en la vida y que tú has multiplicado por mil.

Lo mejor de cada día es poder compartirlo contigo, consolarte cuando lloras, sostenerte cuando caes y sobre todo reír, reír contigo.

Somos tus padres adoptivos y aquí estaremos para mitigar tu dolor, para amarte, para acompañarte y guiarte en tu vida durante el resto de las nuestras.

Tú haces que cada día sea un regalo para nosotros.

Tus padres del corazón.

Te queremos.

* * *

Durante mucho tiempo imaginamos a nuestro hijo antes de conocerlo. Le escribí la carta que encabeza este texto cuando todavía no sabía cómo sería su rostro, ni su voz, ni la forma en que llenaría nuestra casa de vida –era un ejercicio que hicimos en la clase de preparación a la adopción–. Pero sí sabía algo: nuestros caminos estaban destinados a encontrarse en algún momento de nuestras vidas.

El día que llegó a nuestra vida comenzó una historia real, mucho más profunda y transformadora que cualquier sueño. Ser familia no ha sido un camino perfecto ni siempre fácil. Hemos atravesado momentos difíciles que lejos de separarnos nos han hecho más fuertes. Un camino lleno de aprendizaje, lucha y paciencia infinita.

Nuestro hijo no llegó para completar algo que faltaba, sino para abrirnos el corazón de una forma que no conocíamos

Pero también hemos comprendido algo esencial, que el amor verdadero de una familia no entiende de lazos de sangre, que el amor entre padres e hijos no consiste en poseer, sino en acompañar.

Nuestro hijo no llegó para completar algo que faltaba, sino para abrirnos el corazón de una forma que no conocíamos. Nos ha enseñado a mirar el mundo con otros ojos, a crecer junto a él, a aprender cada día cuál es el verdadero significado de ser familia.

Como en la foto que acompañan estas palabras, nuestras huellas quedaron un día marcadas juntas en la arena, bajo el sol. Tres caminos que se encontraron un día y que ahora avanzan juntos, uno al lado del otro, hasta que él quiera.

Sabemos que su vida es suya, que su historia le pertenece y que nuestro papel es caminar a su lado mientras lo necesite, sostenerle cuando haga falta y celebrar cada uno de sus pasos.

Y si algo tenemos claro hoy, es que la alegría, el amor y la luz que ha traído a nuestra vida son infinitamente más grandes que cualquier dificultad.

Porque ser familia no es una cuestión de origen, sino de encuentro.

Y nosotros tuvimos la suerte de encontrarnos.

